

Neoconservatismo y neoliberalismo

Margaret Thatcher renovó el partido conservador inglés, lo modernizó y actualizó, acercándolo al pensamiento liberal clásico y a la economía de mercado y, en ejercicio del poder político por cerca de 10 años, restauró la importancia económica e ideológica del Reino Unido en el mundo. La señora Thatcher fue la creadora del *neoconservatismo* inglés. Tony Blair, por su parte, en vez de acentuar la orientación socialista del laborismo británico, viró hacia el centro, remozando y actualizando a su partido y permitiéndole no solo obtener una inesperada victoria electoral, sino un vasto apoyo mayoritario de la población para su obra de gobierno. El señor Blair ha sido el creador del *neolaborismo*. Comparando estos cambios de actualización ideológica, ambos hacia el centro, con los sucedidos en Colombia, vemos que el partido conservador se ha liberalizado visiblemente, dejando atrás su sectarismo, su aristocratismo, su apego al clero católico y a tradiciones desuetas y, por consiguiente, su talante estatista y paternalista, que lo mantuvieron alejado de la modernidad durante tanto tiempo. Hoy podemos hablar de un *neoconservatismo* colombiano —el que ha sido capaz de hacer la Gran Alianza con el liberalismo y alcanzar la victoria en las elecciones

presidenciales. Lo cual nos lleva a concluir que el partido liberal colombiano se encuentra escindido, no por hechos fortuitos o circunstancias electorales, sino por razones ideológicas, profundas y difícilmente reconciliables. La mayoría del partido, la que no entró en la Gran Alianza, en vez de hacer la renovación neoliberal y haberse desprendido de las orientaciones socialdemócratas del gobierno Samper, por el contrario, satanizó terriblemente esta concepción, se reafirmó como corriente socialpopulista y, en un claro retroceso histórico, ha pedido de nuevo su afiliación a la Internacional Socialista. Del partido liberal colombiano se desprenderá, muy seguramente, una fracción socialdemócrata, teniendo entonces oportunidad el grueso del partido de reafirmar su honroso y hoy mundialmente triunfante pensamiento neoliberal.

En una entrevista del diario El País, de Madrid, el señor Tony Blair, hoy primer ministro del Reino Unido, dice: —“El siglo XX fue una aberración, el de dos grandes guerras ideológicas, un mundo que quería tener un respuesta para todo. Y eso es una locura. Ahora todo ha cambiado y la izquierda que se aferra a ese mundo es conservadora, mientras que mi posición es la de aceptar el cambio para reconstruir y salvar lo existente”.

Tito Livio Caldas

Aciertos y errores en la América Latina

Plinio Apuleyo Mendoza

EL TEMA QUE SE NOS HA PROPUESTO EN EL DÍA DE HOY —el de los cambios y transformaciones en América Latina: los aciertos y los errores— puede tratarse de muy diversa manera. Podríamos hablar, por ejemplo, de los procesos de apertura económica que se han impuesto en casi todos nuestros países y señalar de esta manera cómo, al fin, hemos terminado por aceptar una realidad incuestionable: la de la globalización de la economía y, en función de ella, la necesidad de abandonar los esquemas proteccionistas para insertarnos en las grandes corrientes del mercado internacional. Podríamos también recordar otro proceso evidente que viene cumpliéndose en todas partes: la transferencia al sector privado de empresas y servicios que por mucho tiempo fueron monopolio del Estado. O los resultados obtenidos en el campo de la educación y de la salud pública y de cómo las expectativas de vida son mucho mayores. Podríamos hablar de los avances

institucionales y políticos, y muy particularmente del hecho que en el continente, con la excepción de Cuba, pervalecen, a veces con lunares, los regímenes democráticos. De todo esto podemos hablar señalando los aciertos y los errores y las insuficiencias de este proceso. Pero realmente quisiera tomarme la libertad de jugar el papel de un aguafiestas para insistir en el lado oscuro de nuestra realidad: es decir, en aquello que nos mantiene todavía en la pobreza, en el largo camino hacia la modernidad, lejos de los verdaderos niveles de desarrollo del llamado mundo occidental. Y sobretodo intentar descubrir la raíz del mal para saber si de él podemos librarnos o si todavía pesan sobre nosotros factores aún no superados de atraso.

“En nuestros países coexisten el burro y el avión, los analfabetos y los poetas de vanguardia, las chozas y las fabricas de acero”, escribía Octavio Paz para ilustrar cómo vivíamos simultáneamente en

III-IV TRIMESTRES 1998

dos tiempos y cómo nuestras sociedades están dramáticamente escindidas. Todos admiramos una ciudad como Buenos Aires, la única de nuestras capitales que nos recuerda a cada paso Europa, pero ello no impide que exista en sus inmediaciones otra Argentina con el rostro triste representado, si mi información es correcta, por 4'500.000 pobres y 1'500.000 desocupados. Y algo semejante sucede en el Brasil donde un país sofisticado y moderno se toca con el codo con otro, que parece una replica del Senegal. ¿Y qué decir de mi propio país, de Colombia? Alguna vez, refiriéndose a los horrores cotidianos que allí vivimos por culpa de la guerrilla y del narcotráfico, Regis Debray me decía: "lo que pasa es que ustedes están viviendo su Edad Media". Y tal vez tenía algo de razón porque hay allí, en Colombia, situaciones que recuerdan en particular el desastroso siglo XIV en Francia cuando, por culpa de las "jacqueries", nadie vivía seguro en ciudades y caminos. La diferencia es que la Edad Media eran vividas por gentes que no tenían, en su tiempo, otro punto de referencia, en tanto que en Colombia viven hombres y mujeres muy de este siglo que leen a Borges con fascinación o asisten a exposiciones de arte abstracto mientras cien frentes guerrilleros salpican de violencia al país y amenazan con devorarlo en nombre de una ideología que hizo crisis en el resto del mundo. Sí, la nuestra es

una realidad profundamente compleja que requiere una lectura despojada de interpretaciones simplistas.

Nuestro amigo Carlos Alberto Montaner suele recordarnos que cuando Chicago era sólo una pradera recorrida por búfalos había en la América Hispana de la época colonial ciudades con venerables centros universitarios como era el caso de México, Lima o Buenos Aires. ¿Qué ocurrió, por qué en dos siglos se construyó al norte una sociedad libre, organizada y próspera mientras nosotros nos quedamos en el subdesarrollo, con buena parte de nuestra sociedad sumida en el atraso y la pobreza del mal llamado Tercer Mundo? Y lo grave es que, no obstante el crecimiento que registran nuestras economías, la pobreza, según la CEPAL, afecta al 45% de los latinoamericanos y, al parecer, ha crecido en vez de disminuir en las últimas tres décadas. Ella causa, en el subcontinente, un millón y medio de muertes por año.

Esta realidad ha sido durante siglos mal interpretada entre nosotros. Primero para explicarla como un hecho irremediable que debía aceptarse con resignación cristiana. Luego, por influencia del marxismo y de su derivación tercermundista, hemos intentado una transferencia de responsabilidades a terceros: el imperialismo o la supuesta explotación de que seríamos víctimas por parte de los países ricos. Hemos tardado mucho

tiempo en aceptar que la culpa es nuestra, esencialmente nuestra. Quizás nuestro atraso se debe a comportamientos que tienen raíces históricas y culturales muy profundas. Los primeros colonos de Nueva Inglaterra, que eran presbiterianos, recordaba mi compatriota Alfonso Esguerra Fajardo en su libro "Latinoamérica de nuevo" tenían una moral estricta y un concepto muy acendrado del esfuerzo comunitario. Su religión le otorgaba el derecho de elegir a su pastor y tenían la libertad de interpretar los textos sagrados. Es decir, que en su propio concepto religioso estaba la semilla de una organización democrática y de los fueros individuales.

Como bien lo recuerda Paz, "Norteamérica es hija de la Reforma y de la Ilustración; es decir, del mundo moderno. Nosotros, en cambio, nacimos con la Contrareforma y la neoescolástica, o sea contra el mundo moderno. "La organización colonial en Latinoamérica fue a la vez una exacta representación del mercantilismo español de la época y del férrea organización jerárquica de la Iglesia Católica. Así como en la Nueva Inglaterra se estableció una sociedad horizontal donde había una comunidad de derechos y deberes y, por lo consiguiente, un equilibrio ecuaníme entre el desarrollo personal y el desarrollo social, entre nosotros hubo siempre los privilegios deparados por la Corona, las élites que prosperaban gracias a ellos, la eterna sobredosis

de reglamentaciones y de burocracia y, en la base de esa pirámide social, el pueblo raso, amorfo. Nuestra ideosincracia fue marcada por esa relación vertical entre dirigente y dirigido, potentado y subalterno, protector y protegido. El Estado tuvo desde siempre ese papel regulador, autocrático, intervencionista en grado sumo. La creatividad individual, el esfuerzo y no la prebenda como herramienta de progreso, la asociación voluntaria, la solidaridad comunitaria fueron desterradas o sofocadas en nuestras sociedades coloniales. Prosperó entre nosotros una curiosa dicotomía entre el ser y el parecer. Dentro de este mundo de artificio, las ideas han servido esencialmente para enmascarar la realidad, para sustituirla y no para conocerla, entenderla y modificarla. Nuestro mundo político desde siempre se abastece con el discurso. Cada proceso electoral es una feria de promesas, una exposición de anhelos populares (techo, educación, empleo o paz) que se recogen y se enuncian pero que nunca llegan a cumplirse. Las constituciones nuestras son catálogos de sueños, letra muerta. No sé si fue Vargas Llosa quien encontró en estos comportamientos y los de las sociedades anglosajonas la frontera cultural entre el desarrollo y el subdesarrollo. En aquel mundo, en efecto, lo que se piensa es lo que se dice y lo que se dice es lo que se hace. Entre nosotros, al contrario,

lo que se piensa no se dice y lo que se dice no se hace.

Esta idiosincracia particular nos ha permitido servirnos de las ideologías como un medio de esquivar la realidad y encontrar una coartada para evadir nuestras propias responsabilidades trasladándolas a terceros. La transferencia de las propias culpas ha sido el arma ideológica por excelencia de la izquierda y también de los nacionalismos de derecha. Nos permite practicar un confortable victimismo. Siempre hemos sido víctimas de alguien: de los españoles, primero; luego de los imperialismos o de la llamada burguesía neocolonial. En todo caso, la culpa no es nuestra. La mejor expresión de semejante subterfugio fue la teoría de la dependencia. Postulada en los años sesenta, dicha teoría atribuye nuestro atraso a la supuesta explotación del Tercer Mundo por parte de los países ricos. Hoy solo unos cuantos dinosaurios creen en tal majadería, pero eso no impide que podamos hacer hoy el balance desastroso del modelo de desarrollo que a partir de ella se estableció en todo el continente.

Que ese modelo fracasó no cabe duda. Los signos de su fracaso están a la vista. La inflación persistente, el decepcionante desarrollo económico y sus escasos rendimientos sociales; el crecimiento desproporcionado de la burocracia del Estado en todos sus niveles; el gasto público disparado; el clientelismo político; la

corrupción de los funcionarios encargados de administrar el complejo sistema de controles económicos, la adquisición de bienes y la contratación de servicios; la dificultad de ejercer honradamente actividades productivas; las altas tributaciones que desalientan la inversión y determinan, como único recurso defensivo, la evasión fiscal; el desempleo, la inseguridad, los altos precios y la mala calidad de los productos de fabricación nacional; la concentración del poder económico en manos de grupos financieros; la proliferación de organismos de control estatal y el profundo descontento ciudadano. Todo esto lo hemos visto en cada uno de nuestros países. Tal esquema, cuyo eje es un estado superegulador e intervencionista, tiene sus privilegiados: los empresarios mercantilistas, la clase política, la burocracia y las oligarquías sindicales que gozan de grandes privilegios a través de contratos colectivos leoninos.

Pero la ideología es testaruda. No le importan para nada los desmentidos que le inflige la realidad. Como dice Jean François Revel, suministra a sus voceros una dispensa a la vez intelectual, moral y práctica. En nombre de la llamada justicia social, nos sigue vendiendo el Estado regulador y el modelo proteccionista. De esta manera, dicho Estado que en la realidad se ha revelado ladrón y botarate queda investido de un nobilísimo papel de defensor de los

pobres contra los privilegiados y de instrumento justiciero para lograr una mejor distribución de la riqueza. Parece increíble que los fracasos flagrantes del populismo de izquierda o derecha, del nacionalismo y de las diversas variantes de la socialdemocracia o del llamado socialcristianismo, no sirvan de enseñanza. Todavía estas políticas se ofrecen aquí y allá —en mi país por ejemplo, que está a punto de elegir un nuevo presidente— como alternativas de avanzada. Y para todas esas corrientes, el enemigo es el mal llamado neoliberalismo que la izquierda continental, con Castro y el subcomandante Marcos a la cabeza y, por otra parte, los jerarcas de la Compañía de Jesús, han resuelto satanizar. La ausencia o deficiencia, entre nosotros, de un real pensamiento crítico y la sobrevivencia en el inconsciente de nuestro mundo intelectual de todos los legados de la neoescolástica siguen autorizando dogmas y denunciando herejías. No en vano el marxismo toma en el continente latinoamericano los perfiles de una creencia religiosa. Basta para ello poner el proceso histórico o a la historia en el puesto de Dios. La condena mil veces reiterada logra sus efectos: neoliberal se ha convertido en una mala palabra, e incluso los dirigentes que estarían dispuestos a apoyar un modelo económico de libre mercado y sociedad abierta se apresuran a rechazar este rótulo infamante. La etiqueta social tiene un mejor "look".

Por todas estas razones, nos corresponde ante todo librar una batalla para desterrar de la vida política de nuestros países las falsas creencias, causa fundamental del fracaso latinoamericano. Es una larga y una dura tarea. Todavía, de acuerdo a esos dogmas enquistados entre nosotros, un pobre es visto como la víctima de una injusticia social. Y, dentro de la misma lógica, puesto que alguien es responsable de tal injusticia, ser rico es sospechoso. Pues si la prosperidad es vista por la ética protestante como una recompensa al esfuerzo y en cierto modo a la virtud, en nuestro continente significa que alguien ha sacado ventaja del "otro", del débil; que lo ha explotado. La riqueza, en el imaginario popular, no está asociada al trabajo, al esfuerzo, a la productividad sino a la astucia, a la viveza. Y sobre esta consideración ha hecho su fortuna el populismo, que es la gran expresión del subdesarrollo cultural de América Latina.

En suma, el sustento y la explicación del atraso y la pobreza latinoamericana reside en todas las supersticiones ideológicas que hemos asumido como ciertas y que todavía invaden nuestro mundo político, intelectual y académico. Sobre esos presupuestos teóricos se han edificado políticas erróneas. En un libro que escribimos a seis manos el propio Montaner, Alvaro Vargas Llosa y yo, titulado con algo de humor el Manual del Perfecto Idiota Latinoamericano,

intentamos hacer un catálogo de esas supersticiones y mitos que han dominado el paisaje político latinoamericano. Y ahora, luego de ese necesario trabajo de demolición, nos disponemos a identificar uno por uno los reales fabricantes de miseria.

Me detengo un instante aquí porque me parece que el cuadro trazado está cargado de tintas oscuras. Quizás convendría poner allí algunas pinceladas de luz. La realidad económica mundial ha acabado por imponer en muchos de nuestros países un sistema de libre comercio y de libertad de cambios, la supresión de gravámenes a las importaciones y de impuestos a las exportaciones, la eliminación de varios monopolios estatales y la privatización de empresas y de servicios públicos. También se ha avanzado en la supresión de reglamentaciones y de trámites, en la creación de fondos privados de pensiones y en la licencia a que entidades privadas de salud compitan con los servicios que antes eran exclusivos de los institutos de seguridad social. Se ha abierto paso la competencia entre operadores privados de telecomunicaciones y en el manejo de los puertos. Se ha flexibilizado en varios países latinoamericanos la legislación laboral a fin de hacer más competitivas a las empresas en el mercado externo. En forma todavía muy embrionaria, aparece un sindicalismo más inclinado a la concertación que a la confrontación. En el campo

político, se advierte en países como México, Venezuela, Colombia, Ecuador y el propio Perú la aparición de una amplia franja electoral independiente que busca alternativas ajenas a las maquinarias y a la clase política tradicional. Es ostensible el deseo de cambio y la búsqueda de nuevas figuras. Tal es el panorama continental en el umbral del nuevo milenio.

¿Se puede hablar, por esto, del triunfo de un modelo liberal o neoliberal? De sobra sabemos quienes nos reunimos aquí que dicho modelo no puede reducirse a unas cuantas medidas cosméticas de carácter económico como la libertad de importaciones o la privatización de algunas empresas públicas. De nada sirve esto, si se mantiene, como en Colombia, Venezuela o México, un Estado grande, ineficiente, costoso y burocrático que propicia presupuestos deficitarios, dilapida fondos para favorecer al clientelismo político, deja crecer el cáncer de la corrupción, asfixia la actividad económica con una fronda de reglamentaciones y concede a una minorías sindicales, enquistadas en las empresas estatales, toda clase de prerrogativas y prebendas. El modelo liberal requiere grandes inversiones en la educación pública y en la capacitación tecnológica, una justicia confiable y austera, un clima hospitalario para las inversiones, una moneda sólida, una inflación controlada, una

eliminación del déficit fiscal, un incremento del ahorro y un estímulo a las exportaciones y a la competitividad. Por el momento, el único país donde estas condiciones se han venido cumpliendo en forma progresiva y sin mayores traumas es Chile. Hay aún pobres en Chile y desde luego hay ricos y ricos muy ricos, porque sólo al populismo se le ocurre la peregrina idea de que unos y otros pueden eliminarse de la noche a la mañana con leyes y decretos. Pero lo cierto es que es el único país de América Latina donde la pobreza viene progresivamente disminuyendo y donde la tasa de desempleo es más baja. Eliminados monopolios, subsidios, trabas y reglamentaciones; liberando el mercado laboral; abriendo a la inversión privada sectores tales como el transporte, las comunicaciones, la energía eléctrica, la minería y los servicios públicos, incrementando el ahorro nacional a través de los fondos privados de pensiones. Chile registra un crecimiento sostenido superior al 7 por ciento y un considerable auge de la inversión extranjera y de las exportaciones. Si este ritmo prosigue, dicho país puede ser el primero del continente en acceder al primer mundo.

Miremos ahora la otra cara de la moneda. El caso más drástico, en el panorama continental, corresponde a Cuba, que vive hoy una situación casi africana de penuria por haber llevado la utopía

socialista y el voluntarismo de un caudillo tropical a sus últimas consecuencias. Esa infortunada isla carece de reservas y sus exportaciones hoy en día a las de un pequeño país como Costa Rica. Confinándola en el monocultivo azucarero para beneficiarse del antiguo subsidio soviético a este renglón de sus exportaciones, Castro dejó a su país sin siquiera una agricultura de subsistencia. Prostitución, pobreza generalizada, piojos, insalubridad, pelagra, neuritis óptica por avitaminosis: Cuba reproduce, entre nosotros, al lado de Haití, los desastres del modelo africano. Pero algo es seguro: el comunismo no sobrevivió a Castro.

Los restantes países del continente vacilan aún entre el viejo modelo proteccionista y los esbozos de un modelo liberal. Estamos en el filo de la navaja entre dos vías. Y por ello nos movemos aún entre errores y tímidos aciertos. La modernidad y el atraso cohabitan entre nosotros. El burro y el avión, los analfabetos y los poetas de vanguardia, decía Paz. Agreguemos: los baratos populismos del pasado y sus viejas recetas que nos han traído la ruina y los exponentes de un pensamiento nuevo, como los que aquí se reúnen hoy. Pues bien: en esta inevitable batalla estamos todos comprometidos y de quien la gane dependerá que los aciertos se impongan sobre nuestros obstinados errores.☉